

ERICA RUTH NEUBAUER

# MUERTE EN EL CAIRO

*Traducción de:*  
LAURA MANERO JIMÉNEZ



MAEVA | NOIR

# 1

## Egipto, 1926

A LA HORA de escoger un destino exótico para viajar, es recomendable elegir uno donde el aire no intente matarte. Me aseguraría de recordarlo para la próxima vez.

—Jane, tienes un aspecto horrible con este calor. Prácticamente estás chorreando. —La tía Millie frunció los labios, pero una sonrisilla petulante se le escapó por las comisuras de la boca.

Ella estaba fresca como una rosa, sin un brillo de sudor siquiera.

Suspiré hondo.

—No había imaginado que en esta época del año haría tanto calor todavía.

Contemplé las largas y anchas palas de los ventiladores que giraban perezosos en el techo y pensé que los habían colocado ahí más como decoración que por ser una forma eficaz de mover el pesado aire.

Millie resopló y siguió observando el bar con su whisky soda bien sujeto en la mano, el pintalabios algo corrido y un cerco del mismo color ciruela en el borde del vaso. El primer punto del orden del día de mi tía tras nuestra reciente llegada al hotel Mena House había sido tomar una copa, cualquier copa, con tal de que su calidad fuese un ápice superior a la del garrafón de bañera que solíamos encontrar en Estados Unidos.

La ley seca era la archienemiga de Millie.

En cuanto vi que estaba satisfecha, me excusé y fui a buscar una copa para mí. Me abrí camino entre el escaso gentío del bar y me apoyé en la barra de madera bien lustrada. Resultaba agradable estar de pie después de tantas horas de viaje, así que me estiré con disimulo mientras esperaba mi *gin Rickey*.

Al cabo de un momento, el joven camarero reapareció con la bebida y la dejó junto a mi codo. Esperaba que la lima fría y las refrescantes burbujas hicieran desaparecer de mi boca el arenoso poso del viaje, porque mi tía apenas había dejado que nos instaláramos cada una en su habitación antes de arrastrarme al bar a toda prisa.

Ni siquiera había tenido tiempo de atisbar las grandes pirámides que sabía que se encontraban a poquísima distancia del hotel.

Ya que estaba en el bar, me dediqué a observar a los demás viajeros mientras me obligaba a no vaciar mi vaso de un solo trago. Estaba más sedienta de lo que había creído.

—La señora Wunderly, supongo. —El agradable y grave rumor de esa voz interrumpió mi contemplación de la escena que me rodeaba y me supuso un considerable sobresalto.

Al volverme, me encontré mirando de frente al fornido propietario de ese acento británico de alta sociedad que acababa de dirigirse a mí. Cuando mis ojos color avellana se encontraron con los suyos, chocolate oscuro, sentí como si una corriente eléctrica subiera por mi columna. Me apresuré a extinguirla. Con contundencia. No estaba allí para conocer a hombres guapos.

Tenía tal estatura que casi se cernía sobre mí, y eso que yo no era una mujer bajita ni mucho menos. Lo examiné con una ceja levantada y me pregunté cómo habría averiguado mi nombre, si todavía no nos habían presentado. Tal vez sus dedos poseyeran alguna clase de magia. Otro hormigueo me recorrió la espalda.

—Caray, ha sacado mi nombre de la chistera. ¿Realizará algún truco más esta noche? ¿Encontrará una moneda tras mi oreja, quizá? No me vendría mal para pagar la copa, sinceramente.

Curvó hacia arriba un extremo de la boca.

—Su tía la ha mencionado hace un momento, cuando se me ha presentado.

—Qué rapidez... —mascullé, y maldije por mi falta de atención.

No me sorprendía en absoluto que Millie se hubiera acercado a olisquearlo y luego me lo hubiera enviado a mí, sobre todo al darse cuenta de que no llevaba alianza. Me maldije por haber detectado yo también ese detalle. Solo me maravillaba que lo hubiera conseguido tan deprisa.

—Me temo que no dispongo de ningún truco más.

—Vaya, qué decepción.

—Lo único que puedo ofrecerle para compensar su desilusión es otra copa.

—Supongo que tendré que conformarme con eso.

Una amplia sonrisa le iluminó el rostro, que ya era apuesto sin ella, y, mientras se volvía y llamaba al camarero por señas, me di un codazo mental y me solté un severo sermón sobre los peligros de los hombres. Pidió otro *gin Rickey* para mí y un vaso de agua para él.

Esta vez, cuando llegó mi copa, la habían servido con generosidad. Demasiado. Tendría que tomármelo con calma o acabaría beoda y desmayada bajo una mesa.

—¿Usted no bebe?

Miré su vaso de agua, por el que unas gotitas de condensación se deslizaban hacia la barra desde el lugar en que sus dedos finos tocaban el vaso.

—He pasado un largo día al sol —contestó—. Ceñirme al agua me parece una apuesta más segura.

—Ya veo. —Me detuve y lo observé unos instantes—. ¿Y en qué ramo trabaja usted, señor...? —De pronto reparé en que no se había presentado.

—Redvers. Llámeme Redvers.

Me ofreció una sonrisa pícara al ver que mis dos cejas salían disparadas hacia arriba. ¿Era eso un nombre de pila? ¿Un apellido? Todo apuntaba a que no iba a recibir aclaración alguna al respecto.

—¿Y a qué se dedica..., señor Redvers?

—Trabajo en la banca.

Me avergüenza decir que solté una carcajada. El hombre pareció algo alarmado, como si de repente se hubiera cruzado con un familiar desequilibrado en público. Más de una cabeza se giró hacia nosotros.

—Disculpe. —Recuperé la compostura y me di otro codazo imaginario por mi falta de modales—. Es que tiene un aspecto demasiado peligroso para ser banquero.

Era cierto. Su traje de hilo bueno se ajustaba como un guante a su atlética figura. Pese a no ser experta, incluso yo me daba cuenta de que era una confección cara y hecha a medida. Llevaba el pelo engominado, tal como se estilaba, pero domeñar sus gruesas ondas oscuras debía de suponerle mucho trabajo. Todo en él irradiaba energía y movimiento. Y la sonrisa voraz que me dedicaba en esos momentos, junto con la chispeante inteligencia que se adivinaba en sus ojos marrones, casi negros, en absoluto hacía pensar en él como en alguien que trabajara contando dinero, atrapado tras un mostrador.

Continuamos charlando con cordialidad hasta que una breve pausa en la conversación me decidió a ofrecerle una salida digna.

—Bueno, señor Redvers, si tiene otras obligaciones esta noche, lo entenderé perfectamente. Sé que mi tía puede ser muy persuasiva, pero detestaría retenerlo a la fuerza.

Fue entonces su turno para observarme.

—Reconozco que me he presentado a sugerencia de su tía, pero estoy muy a gusto donde me encuentro.

Me encogí de hombros. Aun sabiendo que era mala idea, reparé en que disfrutaba de su compañía, así que no me importó demasiado prolongar la situación. Sin embargo, tampoco quería que se llevara una impresión equivocada. Si bien había pasado ya lo que la sociedad consideraba la flor de la vida, desde que estaba viuda me había dedicado a rehusar una buena cantidad de proposiciones de matrimonio, y no todos los hombres encajaban el rechazo con elegancia. Yo no buscaba nada más allá de una agradable conversación.

O eso me repetía una y otra vez.

El señor Redvers, no obstante, poseía un afilado sentido del humor, algo que yo echaba amargamente de menos en mi vida. Los círculos en los que se movía Millie resultaban bastante estirados, por expresarlo de una forma educada. La familia de mi padre era sin duda de clase media alta, pero con el matrimonio de Millie en la alta sociedad, y luego el mío a la tierna edad de veinte años, me había sido imposible evitar que me arrastrara a las altas esferas con ella. Solo con pensar en esos ambientes tan encopetados, se me cerraban los ojos de aburrimiento.

La mirada de Redvers advirtió algo a mi espalda y, de pronto, pareció deshacerse en disculpas.

—Me temo que voy a tener que excusarme un momento. Regresaré dentro de nada.

Me extrañó, pero lo dejé marchar con gentileza mientras me preguntaba qué, o quién, podía haber provocado su marcha repentina cuando acababa de anunciar que pensaba quedarse conmigo.

Reanudé mi examen de la sala.

Unos instantes después sentí una presencia tras de mí y, al volverme, me encontré a un hombre con mostacho apoyado en un bastón de madera. Mientras recolocaba las anchas manos

en la empuñadura, pude atisbar una cabeza de león, hecha de latón, que descansaba en lo alto de la caoba oscura. Parecía tan fiero como importante.

—Buenas tardes, querida. —El caballero me sonrió con educación—. ¿Quiere otra copa y no le hacen caso?

Le sonreí, tranquilizada al instante por su tono.

—Estoy bien servida por el momento, y el camarero ha sido muy amable.

—Excelente. —Estableció contacto visual con el joven—. Un jerez, tenga la bondad. —Se volvió de nuevo hacia mí y me ofreció la mano—. Coronel Justice Stainton, a su servicio.

Sus entrecortadas vocales británicas y su porte recto habrían delatado un pasado militar aun sin ese título.

—Jane Wunderly.

Le di un firme apretón de manos y sus suaves ojos azules se abrieron un tanto al notar mi fuerza. Mi sonrisa se agrandó en respuesta.

El hombre carraspeó un poco.

—¿Qué la ha traído al Mena House, señorita Wunderly?

El tratamiento correcto según las normas de etiqueta habría sido el de «señora», pero no me molesté en corregirlo. Antes habría tragado carbones al rojo vivo que comentar mi condición de viuda con mis amigos, así que menos aún pensaba hacerlo con un perfecto desconocido. También estaba cansada de recibir la compasión que despertaba la pérdida de un marido en la Gran Guerra. Y, desde luego, las que más odiaba eran las preguntas de personas cuya falsa preocupación por mí solo escondía su deseo de hurgar en cualquier drama. El coronel no me dio esa sensación, pero mejor no tentar a la suerte, como solía decirse.

—Estoy viajando con mi tía. —Con la mano libre señalé a Millie, que no me hacía ningún caso pero parecía bastante contenta ahora que volvía a tener un vaso lleno en la mano. «Licor de calidad y un clima cálido», esas habían sido las dos únicas

condiciones de mi tía cuando me propuso que la acompañara en un viaje. Y sufragado por ella, además. También a mí me atraía la idea de disfrutar de un poco de ginebra sin la amenaza de quedarme ciega, pero lo que me tenía entusiasmada era la perspectiva de hacer realidad el sueño de mi vida y ver las pirámides—. ¿Y a usted?

—Quería demostrarle a mi hija, Anna, que en el mundo hay más cosas aparte de las fiestas londinenses y los jóvenes con dinero.

Una sonrisa sardónica curvó las puntas de su mostacho de escobilla al señalar con la cabeza en dirección a la susodicha, que estaba de pie algo más allá, cuidando de su copa mientras observaba a la concurrencia.

Su melenita, de un rubio vulgar, relucía bajo la suave iluminación del bar, aunque con esa cualidad quebradiza que aparece tras demasiadas aplicaciones de agua oxigenada. Tenía una figura aniñada que resultaba perfecta para lucir la moda del momento. Aun desde lejos, pude ver que su vestido azul marino y plagado de pedrería, además de cortísimo, era nada menos que de alta costura.

Tenía que reconocer que, al contemplarla, sentí una pequeña punzada de celos. Mi silueta se adecuaba mucho más a una época que apreciaba las curvas mulliditas —Millie, en más de una ocasión, había comentado que tal vez debería plantearme llevar uno de esos corsés ligeros, para reconducir mis curvas hacia una línea más actual—. La última tendencia de vestidos de cintura baja le sentaba como un tiro a cualquier mujer que no tuviera las hechuras de una piruleta... o no estuviera dispuesta a constreñir su cuerpo hasta adoptar esa forma.

A mí, respirar me gustaba demasiado para intentarlo.

Me volví de nuevo hacia el coronel y correspondí a su sonrisa.

—Es encantadora.

Su rostro se iluminó de orgullo.

—Y los jóvenes ricos son la mejor de las alternativas, imagino —añadí.

El hombre soltó una risa socarrona. La charla intrascendente se encaminó entonces hacia nuestro interés compartido por los emplazamientos históricos cercanos y las excavaciones en curso.

—Me encantará ponerla al corriente de lo que sé de la zona. —Al coronel le brillaban los ojos—. Llevamos aquí varias semanas, y yo estuve destinado cerca durante la guerra. ¿Tienen pensado hacer alguna visita pronto? Sería un placer ofrecerles mis servicios a su tía y a usted.

—Había planeado darme un par de días para aclimatarme al calor y, después, salir de visita con un guía local. —Aunque estaba impaciente por ver las pirámides, sabía que las disfrutaría mucho más si antes tenía ocasión de acostumbrarme al clima—. Pero me encantaría aceptar su ofrecimiento. Es usted muy amable.

—Excelente. Planifiquémoslo, pues.

Desvió la mirada más allá de mi hombro, y vi que el párpado del ojo izquierdo le temblaba un poco.

Giré la cabeza y encontré al instante la fuente de su irritación. Anna había localizado a un grupo de tres jóvenes vestidos muy a la moda y con diversos grados de apostura. Sus risitas flotaban por el bar como si fueran frágiles burbujas que estallaron por encima de nosotros mientras los caballeros luchaban por acaparar su atención. Cuando el más alto de los tres se inclinó para encenderle un cigarrillo, vi que Anna le dedicaba una lenta caída de párpados.

—Si me disculpa, señorita Wunderly...

Sonreí al coronel con elegancia, pero él ya se alejaba en dirección a su hija.

Un rumor grave llegó a mi oído casi de inmediato:

—Hola de nuevo.

ERICA RUTH NEUBAUER

# PELIGRO EN EL ATLÁNTICO

*Traducción de:*  
LAURA MANERO JIMÉNEZ



MAEVA | NOIR

# 1

LOS QUEJIDOS METÁLICOS del gigantesco transatlántico que se separaba del muelle de Southampton quedaban casi ahogados por las ensordecedoras exclamaciones que procedían tanto del barco como de la orilla. A nuestro alrededor, un sinfín de manos agitaban festivos pañuelos blancos —minúsculas banderas de rendición que se entregaban a la travesía—, y largas serpentinas de una infinidad de colores adornaban las barandillas y el cielo por encima de nosotros. Veía la robusta silueta de mi tía Millie en tierra, de pie junto a su esbelto prometido, lord Hughes, y su hija Lillian. Millie apenas había ofrecido un mecánico gesto de adiós antes de impacientarse ante el prolongado ritual, pero Hughes y Lillian seguían despidiéndose alegremente con la mano mientras nos alejábamos.

Redvers y yo nos encontrábamos entre el disciplinado gentío de la cubierta de primera clase, desde donde lanzamos unos cuantos adioses a mi prima y a su padre antes de bajar los brazos. Me puse a observar entonces a los adinerados viajeros que nos rodeaban, haciendo lo posible por que mi interés pareciera casual.

—Me pregunto qué pinta tendrá un espía —mascullé.

Apoyado en la barandilla de teca y con un pie en el travesaño inferior, Redvers se limitó a lanzarme una mirada divertida. Estaba muy apuesto con ese abrigo de lana color carbón y su gorra de *tweed*; algo informal, tal vez, pero reparé en que muchos de

los pasajeros masculinos llevaban un atuendo similar. En lugar de quedarme embobada contemplando sus hombros anchos, me subí un poco el cuello del abrigo para protegerme del relente marino y miré desde la barandilla hacia la aglomeración que teníamos justo por debajo, en las cubiertas de segunda y tercera clase. Me habían informado de que ya no las llamaban «bodegas»: una mejora de la terminología, aunque sin duda no de las dependencias. Tenía la suerte de estar en primera clase durante la travesía gracias a la generosidad del Gobierno británico; si no hubiera sido por eso, me habría encontrado entre el caos humano de ahí abajo. Así que tenía toda la intención de cumplir con mis obligaciones, lo cual implicaba estar ojo avizor para desenmascarar a un agente alemán.

Me volví de nuevo hacia el selecto grupo de viajeros que nos rodeaban, y estaba contemplando a mis compañeros de pasaje cuando me llamó la atención una mujer alta que nadaba dentro de un lujoso abrigo de pieles de zorro plateado. Me estremecí un poco; pese a la elegancia de la prenda, siempre sentía lástima por los pobres animales. Estaba en la barandilla, a solo unas personas de distancia, así que reparé en que sus facciones eran quizá demasiado angulosas para considerarla una belleza clásica, pero iba maquillada con destreza y tenía unos ojos verdes y luminosos que contrastaban con su melena pelirroja. Iba agarrada del brazo de un hombre con barba, más o menos de la misma altura y, por la forma en que se aferraban el uno al otro y se murmuraban al oído, supuse que aún estaban en los albores de una relación. Él iba muy peripuesto, aunque los pantalones que llevaba le estaban un pelín cortos y los zapatos pedían un cepillado a gritos. Entonces volvió la cabeza ligeramente hacia mí y pude observarlo con mayor detalle; no solían gustarme los hombres con vello facial, pero llevaba una barba muy recortada que le sentaba bien a sus rasgos fuertes y oscuros. Cuando la exhibición

pública de cariño entre ambos se volvió demasiado íntima, me giré hacia Redvers.

—¿Bajamos a nuestras dependencias, señora Wunderly?

Me ofreció un brazo y yo apenas dudé un instante antes de aceptarlo.

El barco se había alejado lo bastante del muelle para que la gente empezara a abandonar poco a poco las barandillas y a ocuparse cada cual de sus asuntos, de modo que era hora de averiguar cómo nos repartiríamos el camarote durante la inminente travesía. Recorrimos la larga cubierta de paseo antes de cruzar una puerta y entrar en otro mundo. En cuanto se estaba dentro del barco, era fácil olvidar que viajaba uno en lo que venía a ser una ciudad flotante; el interior parecía una gran casa señorial con maravillosos revestimientos de roble en las paredes y una suntuosa moqueta bajo los pies. Nos dirigimos a la majestuosa escalera de primera clase de la parte frontal del barco —una de las dos que había—, y enseguida levanté la mirada para admirar la cúpula de cristal que se abría en lo alto y permitía que la luz iluminara toda la zona. Las balaustradas de madera noble que delimitaban el espacio estaban realzadas por filigranas de bronce y hierro, y percibí con la mano el tacto suave del contundente pasamanos de roble mientras descendíamos un nivel, hasta la cubierta B. Había tres ascensores disponibles para bajar a los pasajeros a las diferentes cubiertas inferiores, pero dudaba que fuera a utilizarlos. Prefería seguir maravillándome con la preciosa decoración, como el elegante reloj enmarcado por un panel de hermosas tallas que había en la pared de enfrente.

No tuvimos que andar mucho para llegar a nuestro camarote, donde Redvers sacó la llave para abrir. Por la puerta que conectaba las dos estancias de la *suite*, vi que ya habían dejado allí nuestros baúles, que nos esperaban en el dormitorio anexo.

Me detuve en el umbral para dejar que mis sentidos asimilaran el lujo de la habitación. Un pequeño escritorio ocupaba un

rincón junto a lo que solo podía suponer que era una chimenea falsa, encima de cuya repisa de madera labrada colgaba un intrincado espejo ovalado. Contemplé el espejo con cierta reserva; esperaba que estuviera bien fijado a la pared, porque en caso de temporal podía causar graves daños a cualquier ocupante del salón. A cada lado de la chimenea se abrían dos ventanas con cortinas de seda gris que dejaban entrar más luz de la que habría creído posible a bordo de un barco. En el otro extremo había una mesa modesta con varias sillas bien colocadas, y el resto del espacio lo ocupaban dos sillones de tapicería mullida. Las paredes estaban revestidas de roble y tenían unas molduras decorativas que enmarcaban los diferentes recuadros. En general, era un alojamiento pequeño, pero cada centímetro estaba tan bien aprovechado que resultaba mucho más amplio de lo que había imaginado.

Entonces se me fueron los ojos hacia el dormitorio, y nuestro acuerdo de pernoctación empezó a cobrar realidad ahora que estábamos en la habitación los dos solos. Juntos.

—Hmmm... ¿Estás seguro de que teníamos que viajar como marido y mujer?

A Redvers se le iluminó la mirada con un brillo burlón.

—¿Tanto te repele la idea de estar a solas conmigo?

Él sabía muy bien que no, pero me alegró que dejara de lado el tema del matrimonio, sobre todo teniendo en cuenta que ese vínculo era algo delicado para mí a causa de la que había sido una unión desastrosa con el difunto Grant Stanley.

—Bueno, no es que me revuelva el estómago, pero esta *suite* es bastante pequeña.

Una leve sonrisa le asomó a los labios, aunque la contuvo enseguida.

—Ya es tarde para cambiar de opinión y lo cierto es que todo resultará más fácil si interpretamos el papel de casados mientras estamos a bordo. Así habrá muchas menos preguntas sobre por qué pasamos tanto tiempo juntos.

Por lo menos en eso llevaba razón. Habíamos hablado del tema largo y tendido cuando accedí a ayudarlo en la investigación. Al final me avine al plan, puesto que un hombre casado que viajaba con su mujer llamaba mucho menos la atención que un soltero que viajaba solo. O una soltera, para el caso. Todo eso, desde luego, se lo habíamos ocultado a mi tía, que creía que ocuparíamos camarotes separados durante la travesía. Ojos de Millie que no ven, corazón de Millie que no siente.

Redvers se aclaró la garganta y unió las manos tras la espalda.

—Además, yo dormiré aquí, en el salón, así que no tienes que preocuparte por eso.

—Ah... —fue todo lo que logré proferir.

Eché un vistazo a los dos silloncitos y volví a mirar a Redvers. Me pregunté cómo pensaba arreglárselas; era demasiado alto para nada que no fuera dormir en el suelo, y sentí una punzada de culpabilidad. Intentaba protegerme y demostrar que era un caballero, pero no era necesariamente Redvers quien me preocupaba. Cuanto más tiempo pasaba a solas con él, más me sorprendía replanteándome la firme postura de no volver a casarme, pese a mi terrible experiencia anterior. Además, ese hombre besaba como los ángeles.

No, no era él quien me preocupaba.

Nos interrumpieron unos golpes en la puerta y Redvers fue a abrir al camarero, que había venido a presentarse. Mientras hablaban, me paseé por la habitación para inspeccionar el resto de la *suite* que nos habían asignado. El dormitorio anexo al salón tenía una cama doble contra una pared en la que había un aplique metálico para leer. Un pequeño escritorio y una silla ocupaban el rincón más cercano a la ventana, y había una puerta más, que llevaba al baño privado. Las paredes del dormitorio estaban tapizadas con un suntuoso damasco de seda y tenían marcos decorativos de madera que dividían el estampado en diversos paneles. Levanté la mirada y me encontré con una moldura de

intrincados labrados que creaba un rosetón circular en el techo; era evidente que no habían reparado en gastos para crear una atmósfera de lujo.

Me asomé al baño y vi una bañera que ocupaba toda una pared e incluso contaba con una instalación de ducha semicerrada. Di unos pasos hacia el interior, inspeccioné los diversos mandos necesarios para accionarla con la esperanza de que resultara más sencillo de lo que parecía a simple vista. Un lavabo de mármol con un gran espejo decoraba la pared opuesta. Me acerqué, cogí el jabón de tocador Vinolia Otto que habían dejado preparado e inhalé el suave aroma a rosa y limón antes de volver a colocarlo en la jabonera.

—¿Jane? —La voz grave de Redvers llegó desde el salón.

Crucé de nuevo el dormitorio y me reuní con los dos hombres. Redvers gesticuló hacia el camarero, cuyo impecable uniforme azul contaba con una ristra de botones dorados que desfilaban de arriba abajo de su casaca militar.

—Este es nuestro camarero, Francis Dobbins. Trabajaré con nosotros.

Lancé una mirada interrogante a Redvers, y él asintió. No sabía cómo lo conseguían, pero al parecer Su Majestad tenía contactos en todas partes. Por curiosidad personal, después preguntaría si el camarero era un empleado del barco al que habían reclutado para que nos ayudara, o si los jefes de Redvers lo habían colocado allí a tal efecto. Desde luego, poco importaba cómo hubiera llegado a bordo; iba a sernos muy útil tener a alguien dentro. Alargué un brazo y estreché la mano del hombre, tan blanda que por un instante me preocupó hacerle daño con mi firme apretón. Era joven y todavía tenía que perder las redondeces infantiles de la cara... y del resto del cuerpo.

Redvers lo invitó a sentarse para hablar de nuestros asuntos, pero Dobbins rechazó el ofrecimiento y se quedó de pie con las manos unidas tras la espalda.

—Creemos que hay un espía alemán a bordo del barco. Nuestras fuentes han confirmado su presencia, pero no su identidad. Hemos reducido las opciones a tres posibles sospechosos —me explicó Redvers.

Yo era toda oídos. Por primera vez me habían incluido de manera oficial en uno de sus casos y no pensaba desaprovechar la oportunidad para demostrar mi valía ante sus jefes. Fueran quienes fuesen. Redvers nunca se había mostrado muy concreto con respecto a eso.

Dobbins tomó la palabra:

—Uno de los hombres es un pasajero. Heinz Naumann. Se aloja en el camarote C48 y me he encargado de que tenga la tumbona de cubierta junto a la señora Wunderly.

Miré a Redvers con una ceja levantada. Me divirtió que, por lo visto, viajáramos bajo mi apellido y no con el suyo, Dibble, aunque sabía que él lo usaba lo menos posible. «Dibble» era como llamaban en Inglaterra a los agentes de policía mediocres, así que «Redvers Dibble» no inspiraba mucho respeto que dijéramos, por lo que comprendía su reticencia, si bien sospechaba que había también motivos más personales en juego. Esperaba enterarme algún día de cuáles eran.

—Es habitual que los pasajeros de primera reserven sus tumbonas. Nos hemos asegurado de que tengas la contigua al señor Naumann para que puedas charlar con él. —Redvers se volvió de nuevo hacia el camarero de voz suave—. Un trabajo espléndido, Dobbins.

—¿Quieren compartir también mesa con él en las cenas? —preguntó este.

Redvers negó con la cabeza.

—Eso ya resultaría demasiado llamativo. Es un comienzo espléndido. Con nuestro primer sospechoso, al menos. ¿Qué me dice de los otros dos?

—Ambos trabajan en el barco. El director de la banda, Keith Brubacher, y el encargado del servicio de fotografía, Edwin Banks.

—¿Ha descubierto algo de alguno de ellos?

Dobbins negó con la cabeza.

—No he tenido ocasión, señor. Acaban de comunicarme sus nombres. Aunque sé que los dos son nuevos a bordo en esta travesía.

Redvers asintió y yo me pregunté si era la primera vez que oía esos nombres o se limitaba a comprobar el trabajo de Dobbins.

—Nos pondremos a investigarlos de inmediato —dijo.

Dobbins inclinó la cabeza.

—Dejaré que se arreglen para la cena, pues. Se sirve a las seis en punto, pero antes oirán el toque de clarín.

Salió de la habitación y cerró la puerta sin hacer ruido. Miré a Redvers. Un hormigueo de emoción me recorrió la piel; estaba impaciente por empezar con las pesquisas. Resultaba estimulante que me consultaran en lugar de que me lo ocultaran todo hasta el último momento.

—O sea que tenemos tres sospechosos.

Lo único que me había dicho Redvers antes de embarcar era que íbamos detrás de alguien que pasaba información al Gobierno alemán, pero no había compartido conmigo ningún detalle más allá de eso. Ni siquiera sabía si el individuo al que buscábamos era alemán o si se trataría solo de alguien que trabajaba para ellos.

—¿Por quién empezamos?

Mi entusiasmo pareció divertirle.

—Creo que nuestro primer paso consistirá simplemente en que entables amistad con Naumann mientras yo empiezo a indagar sobre los otros dos.

Noté que arrugaba la frente con fastidio, pero la alisé enseñada. Teníamos por delante algo más de una semana a bordo

de ese transatlántico antes de llegar a Nueva York, y me mostraría lo más encantadora que pudiera.

Heinz Naumann estaba perdido. Aunque, para el caso, también lo estarían los otros dos en cuanto empezara a trabajar con ellos.